

o gris. Son púrpura, turquesa, zafiro, malva, coral, ámbar, esmeralda, salmón o violeta. Y estampas de santos, vírgenes o crucificados y flores o corazones de papel. Un color para abrir bien los ojos. Una furia de expresarse ante el mutismo doloroso del silencio. Un frágil monumento a los muertos del agua, como los llaman.



La otra faz del asunto es la vida de esas ánimas que anidan y protegen o castigan y abandonan si no se les ha cumplido las novenas o no se las cuida con dedicación. Un futbolista, una mujer que incurrió en el vicio puede redimirse o sobrevivir o perder el puesto por obra de esas ánimas, bien sea la de una joven guerrillera muerta o de algún otro desconocido.

Pero lo notable del libro es esa voz popular, supersticiosa, cariñosa y picaresca a la vez, que arma sus propósitos "con los perfumes del nido del pájaro macuá: pedacito de oro, pedacito de plata, lluvia de plata, sándalo, esencia de canela y rezar el conjunto que me enseñó el indio amazónico. Con ello se libera la gente de los malos amores y la vida se endereza" (pág. 57).

Quizá una de las narraciones más atrayentes sea la del animero Hugo Hernán Montoya, con su capa, linterna, botas, guantes, camándula, la campana del asilo y una copia de las llaves del cementerio. La razón es poderosa: "el pueblo no se podía quedar sin animero porque sería como no tener policía" (pág. 58). Debía rezar por ellas, en noviembre sacarlas a dar un paseo, realizar novenas por encargo, para no dejarlas tan solas, y ganarse unos pesos. Pero el ánimo consigue la plata

que necesita una mujer para ser enfermera y tendrá una placa que reza "Gracias, NN, por el favor recibido. Lucy, la devota".

El libro, como la reconstrucción hueso por hueso del esqueleto de Robinson Emilio Castrillón Carrasquilla delante de Hismenia, su madre, es un ejercicio atroz pero necesario de esa memoria de la muerte que en otros casos, y gracias al ADN, dará tranquilidad a sus hijos de que su madre muerta si es su madre muerta, legalmente.

Un fragmento de hueso, una mancha de sangre: he aquí todo lo que subsiste para reanudar la vida, gracias a este delgado libro que quizá no requiere ni de Antígona ni de Juan Rulfo para conmovernos con esa voz siempre punzante, entre el coraje y el llanto. Entre las madres que entierran a sus hijos y los hijos que desentierren a sus madres para por fin darles el mismo nombre que tuvieron. Así podremos decir como una de quienes adoptan una tumba como suya en el cementerio de Puerto Berrío, entre ánimas y mujeres frágiles de luto: "Ayudad a los caídos en los campos de batalla. Ayudad a los sepultados en los mares. Ayudad a los necios que vieron morir a tantos no acordándose de su propia suerte".

Juan Gustavo Cobo Borda

Mucho más que crónicas del engaño

Malandrines

Crónicas sobre impostores, bribones y granujas avezados en el engaño

ISABELLA PORTILLA

Planeta, Bogotá, 2011, 199 págs.

DICE QUIZÁ poco de un libro que pueda leerse, literalmente, de un tirón. ¿Pero no dice más si se trata de un libro de crónicas periodísticas? Casi que por definición la crónica periodística debe ser amena, y este libro lo es, como lo demuestra el hecho de que en un par de horas puedan devorarse sus casi doscientas páginas. Y también, casi que por definición, la crónica debe enfocarse en temas de

interés social y darles un tratamiento literario, y este libro, en efecto, hace ostentación de ello. Amenas, de interés para la sociedad y con un valor literario, todas las crónicas de este libro lo llevan a uno a la conclusión de que fue bien otorgado el Premio Guillermo Cano Joven Promesa del Periodismo 2010 que ganó su autora, quizá porque el concurso contó con lo que se podría considerar un jurado de lujo, integrado por algunos de los nombres más reconocidos en el oficio periodístico en Colombia: Héctor Abad Faciolince, Fidel Cano Correa, Marisol Cano Busquets, Jorge Cardona, Camilo Durán y María Elvira Samper. Algo que resalta aún más el que la introducción sea escrita por Maryluz Vallejo, una de las mejores profesoras de periodismo del país, quien dirigió la tesis de la cual surgió esta obra y dice respecto de Isabella Portilla, su autora: "Me sorprendió su avidez literaria, que la llevó a leer todo lo relacionado con la picaresca, y a seguir intrigas y tramas de todos los tiempos y géneros con la fascinación de un detective" (pág. 14).



Pero más allá del premio y de los reconocimientos del libro, hay algo más: es una obra inteligente, porque sus crónicas, más que limitarse a describir y narrar como hacen tantas otras, reflejan la inquietud de su autora por la que es a la vez la pregunta menos explorada en el periodismo y la más esencial: ¿Por qué? Y lo hace de una forma sutil, elegante, por lo que incluso respuestas clásicas al porqué del crimen, como la injusticia social, toman nuevas formas ante el lector. Para demostrarlo, podemos tomar



como ejemplo la crónica "Una mentirita nunca vive hasta hacerse vieja". La autora la inicia describiendo detalles de la vida de Julio Mario Santo Domingo, sus ancestros y sus descendientes, así como el nivel de vida que acostumbran y que los lleva a codearse con la realeza europea, antes de centrarse en el verdadero personaje de la crónica: Nelson David Escorcía Ternera, cuyas circunstancias de nacimiento no podrían ser más distintas a las de los integrantes de la mencionada familia, como puede apreciarse en la descripción con la cual la autora nos introduce al personaje:

Cuando llovía, salía solo de su casa y se sentaba al lado de una piedra grande; de cobertizo usaba un techo de palmas podridas y armaba figuritas de barro. Una gorda y de sombrero era una señora pomposa y elegante. Otra, más alta y esbelta y con corbata, era el marido de la dama distinguida. Después de poner las figuritas de pie, empezaba a armar diálogos, imitaba la voz de la señora y luego la del hombre que le respondía que la llevaría de compras para que se le quitara la depresión.

A eso jugaba Nelson David Escorcía Ternera cuando tenía diez años y vivía en Pivijay, un caserío del Magdalena, al norte de Colombia. Para ese entonces, su papá, Nelson, guerrillero de las FARC, había muerto en un tiroteo con el Ejército. Bertha, su mamá, se había vuelto a casar con un monstruo que constantemente lo violaba. [págs. 142-143]

Para el momento en que se narra lo anterior, hacia la mitad de la crónica, el lector ya sabe que ese personaje en su adultez cometerá múltiples estafas

al conseguir hacerse pasar con éxito por personajes como el nieto de Julio Mario Santo Domingo, un enviado de la corona británica, un delegado de la Unicef, y no solo por un sobrino de Luis Carlos Sarmiento Ángulo, sino también por una hija de este –al imitar su voz en una conversación por teléfono con un gerente de banco que la conocía desde su juventud–. Todo ello para conseguir vivir por unos días en los "círculos de las alturas", gracias a la credulidad, estimulada por la sumisión ante la promesa de una chequeira infinita, de los administradores de hotel y funcionarios gubernamentales que lo recibían como a un visitante destacado.

Pero esas son solo algunas de las contadas personalidades cuya identidad suplantó "el hombre de las mil voces", que tras ser condenado a trece años por intentar extorsionar a un seminarista al que le había vendido servicios sexuales, se encuentra recluido en la cárcel de Cúmbita, la más segura de Colombia, dada la gran peligrosidad del arma que utiliza: su voz, con la que puede transformarse en cualquier personaje cuyos datos haya leído en la revista *Hola* y al que haya escuchado en cualquier medio de comunicación. Lo que no solo descubre el vacío que se encuentra tras los nombres que deslumbran en las páginas sociales –con vidas que fácilmente pueden suplantarse en forma convincente si se tiene osadía y se dispone de algunos datos tomados de esas mismas revistas–, sino que resulta una denuncia brutal de la exclusión. ¿Qué conseguía Nelson David Escorcía Ternera con sus suplantaciones? Vivir por un tiempo como los personajes que imitaba, pero eso dice poco: lo más interesante es el porqué lo hizo, que la autora deja entrever con palabras que no recurren al eufemismo.

Al Pinocho colombiano no le gustaba ser quien era. Le tocó llamarse Nelson David por capricho de sus padres; ser negro por su linaje; feo por sus genes y pobre por herencia. Quería ser sacerdote, obispo o militar. Pero lo que más le hubiera gustado ser era una mujer rica. Una reina, una política, o una esposa de un político. Cualquiera que ostentara dinero y poder. [pág. 147]

Sin caer en las frases comunes de la denuncia social, la autora la pone en evidencia y la historia resalta la exclusión dentro de la sociedad colombiana. Excluido por partida triple –al ser negro, pobre y homosexual–, Escorcía Ternera cometerá el pecado no solo de anhelar, como la mayoría de quienes leen revistas como *Hola*, vivir como los triplemente benditos cuyas fotografías llenan las páginas sociales, sino de lograrlo al suplantarlos, por unos días al menos, hasta que la mentira caía por su propio peso. Y para reforzar esa denuncia de la exclusión, la crónica termina con la primera suplantación: aquella donde Nelson David se hizo pasar por Beatrice Dávila de Santo Domingo para poder comunicarse con Anders Kompass, delegado de la ONU para los Derechos Humanos. Fue su primera suplantación, pero no su primera llamada al funcionario: ya antes, como un joven colombiano más, interesado en los derechos de los homosexuales, había tratado de contactar a Kompass, sin que la secretaria se lo pasara. La segunda vez, como es obvio, tuvo más suerte y se lo comunicaron de inmediato. Escorcía Ternera –quien para bien o para mal, a sus múltiples exclusiones no añade la de ser poco inteligente– aprendió muy bien de esa lección lo que tenía que hacer para ser escuchado.



Tanto desde el punto de vista de la temática, como de las técnicas escriturales, las crónicas del libro dan una impresión de integración. Todas ellas se centran en algunos de los estafadores,

suplantadores de identidad y maestros del engaño más famosos de la historia colombiana, entre quienes hay algunos tan inofensivos como el célebre “Embajador de la India” y otros tan crueles como María Concepción Ladino, quien, a pesar de ser culpable de múltiples homicidios y ser condenada a 39 años de prisión, cumple sentencia en su casa —la comparación con la cárcel de Cúmbita donde está recluido Escorcia Ternera es inevitable—, por haber sido catalogada como una enferma mental.

En los textos del libro se encuentra un recurso constante a los saltos temporales y a la búsqueda de datos biográficos que explican mejor las motivaciones del personaje. La construcción de las crónicas atestigua que Isabella Portilla no cree en el facilismo. Ni desde el punto de vista estilístico, ya que evita la tan manida estructura lineal y prefiere comenzar casi siempre in medias res, como en los datos mismos que utiliza, puesto que, en lugar de dedicarse a escribir sus crónicas recogiendo los datos de manera exclusiva de los archivos de hemeroteca, viajó a conocer a los personajes de carne y hueso cuando esto fue posible, gracias a lo cual podemos enterarnos de aspectos desconocidos, casi siempre relacionados con el porqué. Como, por ejemplo, por qué la conocida “barriga de trapo”, la joven Liliana Cáceres, fingió su famoso embarazo falso de septicillizos, amarrándose a la barriga un bulto creciente de ropa, cuya razón es mucho más humana y simple que captar la atención de los medios. E igualmente, gracias a la pesquisa de la autora, saber qué ha pasado con el personaje luego de que dejara de captar la atención de los medios, al no vender ya su historia más copias en los periódicos o servir para subir los índices de audiencia.

Todos los personajes del libro tienen el engaño como recurso común, como mencionamos antes. Además de los ya nombrados, encontramos a Juan Carlos Guzmán Betancourt, quien luego de volar como polizón a los Estados Unidos y ser deportado, recurrió a las mismas técnicas de Escorcia Ternera, así como a su encanto e inteligencia naturales, para robar en algunos de los más prestigiosos hoteles del mundo, demostrando que la

técnica es también susceptible de exportación; a Flor Marina Romero de Raches, fundadora de uno de los negocios piramidales de captación de dinero más exitosos; a Darío Mazuera, el único personaje del siglo XIX en el libro y al que Portilla califica como “el primer sicario en Colombia”, quien llegó a codearse con escritores como Alejandro Dumas y el general Antonio López de Santa Anna —“presidente” de México por diez veces consecutivas y quien le entregó gran parte de dicha nación a los Estados Unidos—; al profesor de secundaria, políglota y lector furibundo Jaime Torres Holguín, más conocido como el “Embajador de la India”, quien “pudo demostrar en el poco tiempo que duró su farsa —apenas cinco días— la insuficiencia y veleidad de la clase dirigente que imperaba en Neiva” (pág. 105); a la medellinense Catherine Sánchez Hernández, una muy casada señorita Amazonas en el Concurso Nacional de Belleza de 1993; a María Elvia Rodelo Zambrano, supuesta heredera de un billonario, quien estafó a más de dos mil personas de la empobrecida zona del Caribe donde nació y, finalmente, a los “Bribones en sotanas”, múltiples casos de sacerdotes, tanto reales como impostores, que han usado la fe de la mayoría de los colombianos y la identificación de la sotana con la bondad en el imaginario nacional, para enriquecerse a expensas de la candidez.



Si encuentro algún reclamo mayor que hacerle al libro es que, como es común en estos tiempos en que el mercadeo editorial le apuesta a los



encabezados ligeros, el título no le hace justicia. Hay allí mucho más que algunas crónicas de malandrines “sobre impostores, bribones y granujas avezados en el engaño”; hay, de hecho, una denuncia de múltiples porqués que se suelen evadir cuando se presentan las cifras de estadísticas criminales y se divide el mundo en forma maniquea entre buenos y malos. En él hay historias cuyas causas últimas pueden yacer en la exclusión, la estulticia de muchos miembros de la clase dirigente, la ignorancia, los prejuicios y las hipocresías, además de la pura y llana maldad, esta última tan difícil de hallar que podríamos decir que solo una mínima parte entre los personajes de esta obra se han internado en ella.

Aunque el libro puede leerse como una simple recopilación de crónicas sobre el engaño o sobre los alcances de la “malicia indígena”—realmente heredada de nuestro ancestro español, como recuerda la referencia en la crónica “People Winner” a Baldomera Larra Wetoret, la hija de Mariano José de Larra, como primera piramidista—, quizá el enfoque más interesante nos lo dará leerlo como una recopilación de los engaños que los colombianos nos empeñamos en creer. Esto es, las mil formas que nosotros, como los tres famosos monos, decimos “no veo, no oigo, no hablo” cuando nos enfrentamos a nuestras falencias como sociedad y a los crímenes que se gestan, nacen y prosperan gracias a esa negación constante de las profundas exclusiones sociales y a la primacía de la ignorancia y la pobreza, males que aún evitamos atacar en batalla frontal y como primera prioridad para el desarrollo de

una nación más justa y con ciudadanos menos propensos a caer en el engaño, bien sea como bribones o como víctimas.

Andrés García Londoño

Una vela a Dios y otra a Hitler

*El espía que compró el cielo
La historia de un colombiano
que sirvió a Hitler*

VÍCTOR DIUSABÁ

Emecé Editores, Planeta,
Bogotá, 2011, 235 págs.

EL CALEÑO Roberto Lañas Vallecillas pudo ser condenado a la silla eléctrica en los Estados Unidos, acusado por el FBI de espionaje a favor de los nazis, pero la suerte —que estuvo siempre de su lado— permitió que lo absolvieran de cargos graves y que, después de pagar una condena de cinco años, fuera deportado a Colombia con ayuda del presidente Alfonso López Pumarejo y pudiera regresar a Cali, en 1948, jubilarse en la Universidad del Valle y morir de un infarto a los 82 años, en 1989, en un monasterio de cartujos en Jerez de la Frontera (Cádiz), donde sirvió a Dios como portero los últimos años de su vida, casi en olor de santidad.



Así contaron la historia los diarios nacionales y extranjeros en su momento, y en forma más reciente el escritor vallecaucano Harold Alvarado

Tenorio (“Roberto Lañas & la silla eléctrica”, edición núm. 21, www.revistacronopio.com), quien da una versión más pecaminosa del personaje (donde Diosabá dice que Lañas colgó los hábitos en Roma por irse detrás de una mujer, Alvarado menciona que fue detrás de un guapo siciliano, y agrega detalles picantes, como que los reclutadores de espías nazis lo contactaron en un cabaret de travestidos en Ginebra, ciudad donde se desempeñaba como traductor de la Organización Internacional del Trabajo). El poeta Harold Alvarado dice que lo conoció en el Madrid todavía franquista, lo frecuentó en bares de su barrio de Salamanca; leyeron, oraron y hasta declinó la invitación que le hizo para unirse a la orden de los cartujos. A la sazón, el exfranciscano repartía su devoción entre Dios y Franco.

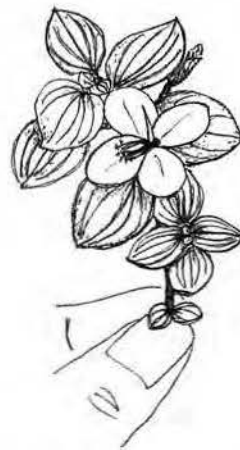
En ese mismo texto, Alvarado recoge lo que el escritor Luis Zalamea Borda escribió en sus memorias sobre Roberto Lañas, a quien conoció en 1943 en el Consulado de Colombia en Nueva York y luego visitó en su lujoso apartamento neoyorquino, punto de encuentro de los germanófilos.

Y antes de que muriera Lañas, en 1983, el periodista caleño Álvaro Nieto Hamann también hizo su levantamiento de la historia para un artículo de prensa.

Como puede verse, el novelesco personaje desveló a muchos otros autores colombianos —y extraña que no haya sido llevado al cine, como *El embajador de la India*—, pero el periodista Víctor Diosabá, que fue editor general de Colprensa, columnista de diarios regionales y nacionales, y quien en la actualidad dirige la revista *semana.com*, cuenta que descubrió a su Roberto L. en un párrafo perdido de un cable de agencia internacional en 1999, cuando era jefe de redacción de *El Espectador*, y desde entonces comenzó a deshacer sus pasos en las distintas ciudades donde vivió (el barrio San Antonio de Cali, en el que transcurrió su infancia, y capitales como Madrid, Nueva York, Lisboa, Berlín y Roma) para ambientar esta crónica histórica y recopilar información.

Para documentarse, Diosabá también acudió al escritor húngaro Ladislav Farago, quien desempolvó de los

Archivos Nacionales de Washington los documentos del servicio secreto alemán (Abwehr), con más de dieciocho millones de páginas, insumo de su libro *El juego de los zorros* (1973) sobre el espionaje nazi en los Estados Unidos y en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial. En esa especie de Wikileaks contemporáneo, Farago reconstruyó las actividades del espionaje y le dedicó tres párrafos al astuto agente caleño.



Con este punto de partida, Diosabá, quien publicó los libros *9 de abril, la voz del pueblo* (Planeta, 1998), *La afición* (Espasa, 2000) y *El toro de lidia en Colombia* (2009), empezó a capotear este “toro” vivo que fue Lañas con las muletillas de la reportería. “Unos buenos zapatos y una libreta de apuntes”, según recomendaba el escritor ruso Antón Chéjov, lo acompañaron durante doce años en la pesquisa que está respaldada en artículos de prensa colombiana y extranjera, en entrevistas con quienes lo conocieron aquí y acullá, y en expedientes judiciales. En Cali, devuelve la película a 1938, cuando Lañas llegó a trabajar como recepcionista al hotel Alférez Real, después de su periplo de aventuras santas y non sanctas en Europa.

Por ello, conforme avanza la lectura, se siente el peso sumergido del material que Diosabá no publicó para dejar solo el zumo narrativo, resuelto en ágiles diálogos, en lenguaje periodístico, rápido y preciso, en la reconstrucción de escenas dignas de los títulos más engatusadores de novela negra. Con la diferencia de que aquí todos los datos son exactos, sin